

Gustos heredados, nombres compartidos

INHERITED AFFINITIES, SHARED NAMES PAGE 160

Antonio Saura, Guillermo Pérez Villalta y Josep de Togores son algunos de los nombres que habitan la casa de Gijón de Óscar Arroyo. Su colección empezó con un bodegón español del siglo XVIII que le regalaron, lo que despertó un gusto por la pintura nacional que ha tenido su continuidad en este renovado piso a orillas del Cantábrico.

TEXTO SOL G. MORENO | FOTOGRAFÍA IMAGEN M.A.S.

Óscar Arroyo sentado en un sillón Eames, frente a los ventanales desde los que se ve el Muro de San Lorenzo, construido por Joyellanos para que el agua no entrase en la ciudad.

CUANDO ÓSCAR ARROYO entró en la galería Fernández Braso por primera vez, no imaginó que se llevaría bajo el brazo –es un decir, porque mide dos metros y medio de ancho– uno de los cuadros más queridos y destacados de su colección. Pero así es esto de comprar arte: ves por casualidad una pieza que te gusta, te enamoras perdidamente y ya no hay vuelta atrás; debes comprarla para saciar la voracidad coleccionista. De otro modo, estarías lamentándote toda la vida mientras te preguntas «¿qué hubiese pasado si...?».

La obra en cuestión es una tabla de grandes dimensiones firmada por Guillermo Pérez Villalta y titulada *El triunfo de Prometeo* que ahora ocupa buena parte de la pared del escritorio. Posiblemente sea una de las más valiosas que alberga la casa, pero la satisfacción que produce contemplarla a diario no tiene precio. Tampoco el recuerdo de aquel primer flechazo, tras descubrirla casi por casualidad. «Llevaba un tiempo en la galería viendo los trabajos del artista, pero ninguno terminaba de convencerme del todo. David, Miguel y Manuel no paraban de sacar obras de un almacén: abrían la puerta, entraban y sacaban una pintura que ponían sobre el estrado para que la comentásemos. Una de las veces entré con ellos con la excusa de que iba a ayudarles a trasportar el cuadro y, de repente, me encontré con una escena que captó inmediatamente mi atención. Entonces ya no vi más, porque se produjo la magia». Claro, la compró casi al instante. Por lo visto venía rebotada de un matrimonio malagueño que había tenido

PÁGINA 117

El vestíbulo tiene un par de tibores japoneses Imari del siglo XVIII que flanquean una máscara africana de estilo baoule sobre una mesa de juego inglesa Jorge III del siglo XVIII. El espejo tiene marco español del siglo XVII y los bajorrelieves de madera que cuelgan de las paredes representan las cuatro estaciones y son españoles, de hacia 1900. La alfombra es una antigua charek.

DE IZQUIERDA

A DERECHA

Antonio Saura. *Femme-fauteuil* (1980) y *Perro de Goya* (1997). Técnica mixta sobre papel ambas.



SOLO HUBO UNA PIEZA QUE QUISO COLGAR A TODA COSTA: UNA OBRA DE SAURA A LA QUE LLAMA 'EL PEQUEÑO JOE'

que devolverla, tras darse cuenta de que no cabía en su salón.

Desde luego, la obra posee el tamaño y los matices suficientes como para impactar a cualquiera. Porque esconde decenas de detalles: arquitecturas imaginadas, una procesión de figuras, algunas a caballo y otras con ofrendas... «Narra la historia de cómo Prometeo roba el fuego a los dioses para dárselo a los mortales. Es un cuadro interesantísimo que aúna referencias clásicas, mitológicas y esa faceta arquitectónica del autor, que es además diseñador, pintor y escultor. Según los textos que he leído del propio Pérez Villalta, concibió la monumental obra como un gran dibujo, aunque es una tabla».

Se nota que es un apasionado del artista tarifeño, a quien conoció en la exposición *El arte como laberinto* de la Sala Alcalá 31 hace cuatro años. «Me quedé impactado, no me da vergüenza reconocerlo. Ahora me pregunto cómo es posible que yo no hubiese conocido antes a un creador con esa imaginación tan desbordante y esa capacidad para introducirnos en su propio mundo».

Tras esa confesión, no extraña descubrir que a ese gran cuadro mitológico le acompañan otros tantos del autor repartidos por esta casa con vistas a la playa de San Lorenzo y el Club de Regatas de Gijón. Un inmueble adquirido recientemente, aunque ya lo ha llenado de obras de arte. Eso sí, casi todas nuevas, porque tuvo claro que aquellas que le acompañasen en su descanso estival estarían pensadas expresamente para el nuevo hogar. No serían heredadas de otras viviendas, sino adquisiciones recientes.

Solo hubo una pieza innegociable que quiso colgar a toda costa: una pequeña obra de Antonio Saura inspirada en el *Perro semihundido* de Goya. 'El pequeño Joe', como le gusta llamarlo. «Lleva mucho tiempo conmigo, es casi como de la familia. Tengo la sensación de que me protege», asevera sin rubor. «Además, me parece muy simpático». Casi tanto como el cachorro dibujado por Fernando Martín Godoy que cuelga del baño.





Jóvenes campesinos descansando (1941) de Josep de Togores domina la pared izquierda del salón. Las lámparas están hechas con dos jarrones celadón de la dinastía Qing de finales del siglo XIX. A la derecha, una cabeza de león española tallada en madera del siglo XVIII. El banco de delante está realizado en Francia y es una inspiración de los modelos Klismos de la Antigua Grecia. La mesa de centro fabricada en piedra de campaspero es un diseño de Fernando García-Tapia y la alfombra es Bakhtiari del siglo XIX.



Se nota el amor del coleccionista por los animales, aunque ahora mismo no tiene ninguna mascota.

El piso está situado a orillas del Cantábrico y alegra sus días de descanso cuando huye de la vorágine de Madrid. Confieso que las vistas que ofrecen los grandes ventanales de la casa invitan a quedarse pegado al cristal y dejarse llevar por las olas del mar o los bañistas que se adentran en el agua, hasta que el sensual cuadro de *Jóvenes campesinos descansando* de Josep de Togores interrumpe mis ansias playeras. «La escena me encanta. Evoca todo lo que quiero que encarne esta casa: reposo, vacaciones, remanso de paz. Y eso es precisamente lo que me transmite cada vez que la miro».

Togores es otro de los pilares de la colección, forjada a base de descubrimientos y piezas que impactaron a su dueño, que no atiende al mercado ni a los autores del momento; porque se guía más por su instinto. Desde luego, la moderna escena pastoral encaja perfectamente con el ambiente relajado que busca al venir a esta casa; luminosa, de líneas diáfnas y ubicada en un lugar privilegiado.

En el comedor, destaca una mesa Regency en caoba rubia inglesa del siglo XIX. En la pared, *Composición*, un lienzo de hacia 1955 de Luis Feito. A la derecha, dos bodegones de los hermanos Pere y Josep Santilari hechos en lápiz grafito (2007).

Ahora la vemos terminada y perfecta, pero el coleccionista ha tenido que esperar casi un año para poder disfrutarla, porque nada más comprarla se metió en una reforma ejecutada por la constructora Trasdós de Gijón, bajo la dirección técnica de Salomé Villanueva. «Lo único que ha permanecido original son la cocina y los suelos», comenta antes de decirme que por fin ha encontrado el hogar estival ideal, tras pasar diez años veraneando en Asturias saltando de hotel en hotel. No en vano la ha concebido a su gusto desde cero, guiado por el Estudio Andina y Tapia, responsable del rediseño y la decoración. Desde las alfombras de Rica Basagoiti, hasta el banco realizado en Francia e inspirado en los modelos klismos de la Antigua Grecia o el mobiliario (donde no faltan los sillones Eames).

Contemplando el resultado, alabo mentalmente el mérito de Óscar. Cuando uno compra una segunda residencia y empieza a llenarla de cosas, corre el peligro de convertirla en el cajón de sastre de todo lo que no cabe en la primera: recuerdos familiares, cuadros e incluso trastos inservibles de los que uno se ha encariñado con el tiempo. Pero nada de eso ha ocurrido aquí. «La

casa de Madrid es mucho más tradicional y clásica, tenía claro que no quería repetir eso mismo. Porque cuando vienes a la playa no quieres traer tu casa de la capital aquí, quieres otra cosa».

Es cierto que intentó colar alguna pieza, como la máscara africana estilo baoule que ha acabado encontrando su sitio en el vestíbulo o los cuatro relieves españoles de finales del XIX que llegaron para quedarse. Sin embargo, todo lo demás se ha adquirido para la ocasión, como los materiales nobles que componen la vivienda. Las piezas orientales que reciben al visitante le despistan en un primer momento, porque lo que aquí se aprecia es una querencia por lo español.

Prácticamente todo son autores nacionales del siglo XX: muchas referencias al Grupo El Paso con Feito, Rivera o Saura, además del omnipresente Pérez Villalta, aderezadas con alguna creación contemporánea –Fernando Martín Godoy– y ciertos ecos del pasado, gracias a Vicente Camarón. ¿De dónde sale ese apego por el arte patrio? Todo partió de un bodegón de José López Enguidanos que le regaló su pareja, también coleccionista, cuando cumplió 45 años. Evidentemente ya vivía rodeado de arte, pero aquella fue ‘su’ primera pieza, algo que activó ese gen o virus por comprar que todos llevamos dentro, aunque a veces solo permanezca en estado latente. Entonces ya no hubo vuelta atrás: había que completar aquel tesoro con otros tantos. «Aquel bodegón sirvió para darme cuenta de que quería implicarme más y hacer mis propias adquisiciones».

Eso responde a una pregunta recurrente que hacemos a todos aquellos que conviven con el arte: ¿Qué pasa con la familia? ¿Cómo se toma esa pasión por adquirir piezas y exponerlas en casa? Algunos bromean diciendo que tienen que pactar siempre para colgar ciertas obras, otros lamentan no haber podido transmitir ese interés a las generaciones futuras y los hay que directamente comparten gustos y coleccionan juntos. Eso es precisamente lo que le ha pasado a Óscar, que se inició en el mundillo de la mano de su pareja y ha terminado formando su propio conjunto.

De modo que ya no es solo una persona la que debe convencer a la otra, o justificar el gasto de una adquisición, sino las dos, quienes deben consensuar cada pieza que entra por la puerta. «A menudo toca argumentar por qué la quieres y eso es un debate muy enriquecedor. Solemos estar de acuerdo en qué mostrar y dónde colocarlo, aunque a veces discutimos por el marco». Pero no ha sido una imposición de gustos

En el centro, *Mandala X* (1976), técnica mixta y óleo sobre madera de Manuel Rivera, entre dos autorretratos de Pérez Villalta: *Las burbujas* (izquierda) y *Grutesco*, ambos en 2017, hechos en grafito y temple sobre tabla. La consola es francesa del siglo XVIII.

MUCHOS SON AUTORES
NACIONALES DEL
SIGLO XX: SOBRE TODO
REFERENCIAS AL GRUPO
EL PASO COMO FEITO,
RIVERA O SAURA,
Y PÉREZ VILLALTA





quizá tenía que haber sido más importante de lo que es; le ha faltado más proyección». O el propio Pérez Villalta, «que pinta lo que le da la gana, porque está libre de prejuicios. Si lo vende, bien; y si no también».

Esa manera de comprar con el corazón, al margen de modas y tendencias, no quiere decir que desconozca el mercado, pues lleva años trabajando en él, aunque no exactamente en el artístico. Desde 2016 trabaja como asesor en una empresa que se dedica a la notafilia, de modo que sabe perfectamente lo que cuesta que alguien se interese por una pieza de valor. En su caso, además, ha conocido los dos lados del sector: el de vendedor y el de comprador. Porque antes de dar el salto de la organización de eventos deportivos –a la que ha dedicado gran parte de su vida– al numismático –donde ahora trabaja–, ya sentía curiosidad por el papel moneda. «Creo que es esencial cuando uno se dedica a esto, que antes practique con uno mismo. La manera más rápida y fácil de aprender es que tú tengas tu pequeña colección, porque eso te va a obligar a investigar. En el caso concreto del mercado de la notafilia, es extremadamente reducido: por cada 10 o 20 coleccionistas de monedas, hay uno de billetes. Lo peor es que la gente va

falleciendo y deja sus legados a sus hijos, que no están interesados en continuar con esa pasión».

Volvemos al futuro de las colecciones. Y a la preocupación por mantener unido ese conjunto adquirido con ilusión durante años. ¿Qué ocurrirá con el suyo?, le pregunto. «Si te soy sincero, me preocupa mucho qué va a pasar con todo esto que hemos construido. Ahora mismo yo me siento responsable y creo que debo proteger estas piezas mientras viva. Cuando yo no esté, me gustaría que pasase a manos de una persona o institución con mi mismo criterio». Le recuerdo que hay gente que piensa en donaciones... «Lo que no quiero es que acaben desperdigadas. No se lo merecen ni las obras ni los artistas», insiste. Quizá porque recuerda las tardes de tertulia que a menudo disfruta con sus amigos, a los que invita no solo por el placer de su compañía, sino para fomentar el debate y la charla en torno a estos artistas que pueblan su hogar. «Porque yo compro obras para disfrutarlas, pero también para compartirlas con quien viene a casa».

Pasamos al comedor y de nuevo encontramos piezas de Pérez Villalta, concretamente dos divertidos autorretratos que no hacen sino recordarnos el *savoir-vivre* de un autor que siempre

Varios gouaches y acuarelas de Valentin de Carderera que ilustran villas de Italia se reparten por uno de los dormitorios. Son resultado de su famoso viaje hecho entre 1822 y 1831.

del que llevaba más tiempo coleccionando, sino un camino paralelo durante el que han ido descubriendo nuevas piezas juntos.

Así es como Óscar Arroyo ha ido sumando pinturas, esculturas y dibujos con los que ahora se deleita cada vez que recalca en su refugio asturiano. Volvemos entonces al ‘pequeño Joe’ y a esa debilidad incondicional por Saura, que ha marcado la línea de adquisiciones del último lustro, sobre todo de la mano de la galería Jorge Juan. «La última vez que la visité iba en busca de dos obras y terminé comprando ocho», comenta entre risas, «porque Mari Paz y su hija Isabel son magníficas profesionales y grandes amigas». El caso es que siempre le ha llamado la atención el artista oscense, «por su manera de interpretar la realidad y metamorfosearla». Es curiosa su preferencia por los trabajos menos típicos y dramáticos del autor, que repitió hasta la saciedad crucifixiones y sudarios, en pos de escenas más amables como sus damas o sus *Femme-fauteuil* [mujer sillón].

El miembro más poderoso y hegemónico del Grupo El Paso reclama su espacio en varias zo-

A la izquierda, *Retrato de María Clara Antonia* (hija de la artista), un óleo pintado hacia 1815 por Zacarías González Velázquez. A la derecha, *El triunfo de Prometeo* de Pérez Villalta (2017, grafito y temple sobre tabla).

nas de la casa. Aunque en esta ocasión se vea obligado a compartir protagonismo con Pérez Villalta. No olvidemos que si Saura es la debilidad confesa del dueño, Pérez Villalta es su mejor descubrimiento. De modo que el informalismo y la figuración conviven en esta casa como dos pilares fundamentales.

Sorprende que entre tanto nombre contemporáneo haya una pareja de retratos de Zacarías González Velázquez. «El de la mujer representa a la hija del pintor y es, para mí, uno de los retratos neoclásicos más bonitos de la pintura española, me recuerda a Jacques-Louis David. El masculino es el yerno del artista». Esa mezcla entre lo clásico y lo contemporáneo es una constante en la casa, donde conviven los tibores japoneses Imari de la entrada con las máscaras africanas, obras de Ismael de la Serna, una cabeza de león tallada en madera del siglo XVIII y un par de bodegones de los hermanos Santillari.

Un conjunto al que no le faltan grandes nombres, como ya hemos visto, aunque no necesariamente presentes en el mercado. Como Josep de Togores, «un pintor excepcional que





ha ido por libre. Aunque lo que más sorprende es una arpillera de Rivera con forma de cruz que no suele ser habitual en el artista. «Al verla me enamoré de ella, porque es muy diferente de las típicas mallas metálicas del autor granadino. Ya posee un soporte, ese que fue incorporando tras sus décadas iniciales, sobre el que levanta una cruz de san Andrés muy evocadora. Es la misma que utilizará en el *Retablo para las víctimas de la violencia* conservado en el Reina Sofía». Enfrente, una obra de tonos blancos y formas geométricas cuyo estilo quiere sonarme, aunque no termino de identificarlo. ¡Es el Feito menos Feito que he visto en mi vida!

El contrapunto de esa abstracción moderna española lo encontramos en uno de los dormitorios, que de repente nos traslada hasta la Italia del siglo XIX de la mano de Valentín de Cardera. Varias de las acuarelas donde representó las villas y palacios romanos descansan sobre el cabecero de la cama y el resto de paredes, como queriendo fomentar la ensoñación de quien allí descansa. Fueron un regalo de un descendiente del pintor y tienen leyendas como la loggia de Villa Madama. «Muchos de estos monumentos han desaparecido, otros se han modificado; por eso me gustan tanto, porque al final tú estás viendo no solo una obra de arte, sino un documento gráfico de cómo eran todas estas villas». En el dormitorio contiguo regresamos al siglo XX con una especie de trilogía de Saura: la más grande es una

Antonio Saura protagoniza la pared central, con una de sus típicas *Crucifixiones* (1971, técnica mixta sobre papel) y dos tintas de 1980 pertenecientes a su serie de *Femme-fauteuil*.

Crucifixión, junto a dos escenas femeninas pertenecientes a su serie *Femme-fauteuil*. Justo enfrente, una de las figuras de espaldas del oscense, para deleitar los despertares del coleccionista.

Antes de despedirme, vuelvo a encontrarme con la máscara de la entrada y, como ya hay cierta confianza, me atrevo a plantear la duda que no quise preguntar al inicio, para no parecer maleducada. ¿No será falsa? Hay tanto debate con este tipo de piezas, especialmente las que vienen de los países de origen, que una ya nunca sabe a qué atenerse. Le pregunto si la compró como *souvenir* o como algo más. «Es cierto que tienes que tener mucho cuidado con el arte africano. Ahí sí que tienes que dejarte asesorar bien, porque si no metes la pata. En los países africanos todo es prácticamente falso, salvo alguna cosa arqueológica que se está excavando. Esta en concreto es falsa, la compré a una conocida marchante de Barcelona y fue una gran equivocación», confiesa sin miedo a admitir el error.

Le pregunto si no se ha planteado deshacerse de ella o revenderla, entonces se pone serio. «La persona más honesta que he conocido en mi vida es mi pareja y sabe cómo funciona esto. ¿Crees que vamos a vender esta pieza a alguien para hacer lo mismo que otros hicieron con nosotros? Pues no, porque no está en nuestra genética». Una lección que ha aprendido a base de gustos heredados, descubrimiento de nuevos nombres y algún que otro desacierto.